

vor de los ortodoxos, según que influyese sobre él, ora una mujer, ora un eunuco. Sucedió, por ejemplo, á Teodosio, Marciano; y como su mujer Pulqueria fuese católica, él era católico también, y católico ardiente, decidido á mantener con el cetro y el hierro los cánones del concilio de Calcedonia sobre la doble naturaleza de Cristo. Sucedió Basilisco á Marciano, y exento de las influencias de su antecesor, se inclinaba resueltamente á la herejía nestoriana. Y ya inclinado, llamaba novedades funestas los cánones de Calcedonia; confiscaba los bienes de cuantos en estos cánones creyesen; perseguía implacablemente á los ortodoxos deponiéndolos, si eclesiásticos, de sus dignidades, y extrañándolos, si laicos, del Imperio. Inmediatamente que se daban tales rescriptos por las autoridades políticas, de hinojos caían á su presencia y á su mandato los sacerdotes más obligados por su dignidad y por su ministerio á mantener la pureza del dogma. Quinientos obispos, entre ellos muchos que condenaron á Eutiques por complacer á Marciano, exaltaron á Eutiques por complacer á Basilisco. La herejía nestoriana volvió á reinar en el Oriente. Solo Acacio, obispo de Constantinopla, fiel á la ortodoxia católica, mantuvo la verdad dogmática, y cubriendo de luto su persona, de luto su Iglesia, llamando en torno suyo á los penitentes más queridos del pueblo, moviendo el corazón de las mujeres, en vez de sembrar los gérmenes de la fe, sembró involuntariamente los gérmenes de la discordia y de la guerra. En efecto, un nuevo competidor llamado Zenon le salió al paso á Basilisco, tomando por bandera la religion y oponiendo al mantenimiento de la herejía de Eutiques el mantenimiento de la ortodoxia de Calcedonia. El Emperador Basilisco, dueño todavía de su capital, sintió la necesidad en que estaba de apoyarse fuertemente en la doctrina católica para contrastar á quien le combatía y amenazaba derribarle sin piedad en nombre del catolicismo. Nada prueba tanto la incertidumbre de los ánimos y la vaguedad de las ideas como esta aptitud de los Emperadores orientales á cambiar de creencias y á sostener diversos y aun opuestos símbolos. Nada le valió á Basilisco su revocación de los anteriores edictos; aunque promulgara nuevas declaraciones, aunque sostuviera la doble naturaleza de Cristo, aunque visitara con toda su corte al patriarca ortodoxo; el pretendiente al Imperio, Zenon, aclamado por los fieles, seguido de monjes en armas, anunciado por los penitentes, los cuales sa-

lian á las calles y á las plazas para anunciar su advenimiento, acercábase con tal ímpetu á Constantinopla y tenía tal seguridad de su victoria que la familia imperial echó á correr al aproximarse, y en cuanto supo su exaltación al trono, tomó un veneno para no sufrir las iras de su cólera, el patriarca nestoriano de Alejandría. Y tenía motivo para tanto, porque habiéndole designado el clero alejandrino un sucesor no muy ortodoxo, Zenon mató á este y á sus principales electores, nombrando de su propia voluntad un sucesor, que se llamaba por antonomasia, católico, el célebre Timoteo Salofaciore. Poco tiempo después, como se encontrara este en peligro de muerte, enviaron los alejandrinos un embajador á Zenon pidiéndole que les dejara la libertad de elegir su obispo. Concediósele el Emperador con dos condiciones; primera que habían de aguardar á la muerte de Timoteo y que no habían de elegir al embajador conocido con el nombre de Juan el Ecónomo. Para cerciorarse más aun de la fidelidad de este, obligóle á prestar juramento de que en caso de elegido, no aceptaría la elección. Pero lo eligieron, y la aceptó, burlándose á un mismo tiempo de su Emperador y de su juramento.

En estas Zenon dió su rescripto á favor de la ortodoxia, como Basilisco diera el suyo á favor de la herejía. Nada más contrario á los dogmas, ni más funesto á la Iglesia, ni más atentatorio á la conciencia, ni más desconocedor de la religion que estos decretos ya en un sentido y ya en otro sentido, suplantando la fe en el mundo y á Dios en el cielo, y haciendo de la autoridad política, completamente coercitiva de suyo, una autoridad moral y religiosa con desconocimiento de las fuerzas del Estado, de los deberes del ciudadano, de la jurisdicción del príncipe y de la superioridad y de la inviolabilidad de las Iglesias en todo lo que se refiere á su disciplina y á su dogma. Y la prueba de lo poco que creían en lo mismo que redactaban estos proclamadores de dogmas se encuentra cuando se considera cómo influyó su religion, tan exaltadamente profesada, en la moral de su vida. Este mismo Emperador Zenon, de una ortodoxia tan pura, tenía tales costumbres que la muerte más terrible remató y finalizó su gangrenosa existencia. Como en una orgía se emborrachara hasta perder el conocimiento, su propia esposa Arianna, cansada de él, cogiólo, y en medio de aquella terrible noche, en que así prostituyera su dignidad de hombre y su púrpura de Emperador, lo enterró vivo. Con esta

intervencion del poder civil en la jurisdiccion religiosa, solo se consigue lo que se veia en la Constantinopla de aquellos tiempos. Dos patriarcas en Alejandria combatiendo como dos generales al frente de sus respectivos ejércitos; el obispo de Constantinopla y el obispo de Roma en abierta pugna con daño de la Iglesia universal; la herejía sucediendo á la ortodoxia, la indiferencia sucediendo á la herejía segun que alcanzaban el trono Emperadores herejes, ortodoxos ó indiferentes; los soldados adscritos á sostener los dogmas y los monjes convertidos en soldados; cada obispo hecho cabeza de su respectiva faccion y cada faccion pidiendo al jefe del Estado la infalibilidad de un concilio; hinchada la ciencia, plagiaria la escuela, litúrgico y esclavo el arte, asunto de disputas la religion, instrumento del poder la Iglesia, mercancía la justicia, mercados los tribunales, serrallo de eunucos la corte, mancebía el palacio, campos de batalla los sínodos, sínodos los campos de batalla, asambleas los circos de caballos donde los verdes y los azules decidian de la suerte del mundo, habrán existido otras ciudades mas criminales que la Constantinopla teológica, pero no ha existido ninguna tan vil y despreciable por causa del predominio de la autoridad política sobre la conciencia religiosa.

Todavía no estaban apaciguados los ánimos en Constantinopla, cuando enterradas ya las herejías de Nestorio y de Eutiques, gracias á la violencia con que habia impuesto su ortodoxia el Emperador Justiniano, surgen nuevas herejías, nuevos disentimientos de doctrinas y de creencias. Nada mas natural, sin embargo, si atendemos á los dos caracteres capitales que hemos atribuido á esta edad, si atendemos á la sobra de incertidumbre en los ánimos y á la falta de fijeza en los dogmas. Desde el punto y hora en que la Iglesia reconoció dos naturalezas en Cristo, los que meditaban sobre los apotegmas teológicos y sobre las doctrinas eclesiásticas, dedujeron que si existian dos naturalezas en Cristo y la facultad característica de la naturaleza es aquella enérgica que mueve y determina la vida, es decir, la voluntad, debian existir en Cristo dos voluntades, como en Cristo existian dos naturalezas. Estos principios sobrevinieron á la conciencia de la cristiandad en momentos bien críticos y en que los ánimos se movian vagamente de un lado á otro lado como las espumosas ondas del mar. A cada paso surge un hecho demostrativo de esta situacion extraordinaria. Por ejemplo, un patriarca de Alejandria,

Cirilo, asesina á Hypatia por sábia, por neo-platónica, por pagana; y al poco tiempo otro patriarca de Constantinopla nombra obispo á un discípulo de Hypatia, sabio, neo-platónico y pagano, al célebre Sinesyo, el cual desconoce casi los libros sagrados; preside su academia filosófica; habita con su mujer propia, en la cual espera tener muchos y muy robustos hijos; departe con sus discípulos sobre aquel semi-dios de la ciencia antigua que se llamaba Platon á cuyas ideas presta todo el carácter de las grandes sentencias religiosas; combate la resurreccion de la carne como un principio materialista; cree las almas anteriores á los cuerpos; descubre con la mirada escudriñadora del pensamiento ángeles y arcángeles en el giro de los aires y en el resplandor de las estrellas; pone los arquetipos de toda perfeccion allá en el foco de luz divina que se llama Verbo; y cree que el mal habrá de derretirse y perderse y disiparse en las llamas del amor divino y en la esencia del supremo bien. Al mismo tiempo que la Iglesia franqueaba sus puertas á tales paganos, el Estado se resumia y personificaba en la extraña persona de Heraclio. Pocos hombres habrán probado los favores y los reveses de la fortuna como este Emperador, que llena con sus victorias y con sus desastres los tristes anales del séptimo siglo. En los primeros años de su Imperio, contó sus dias por sus desventuras. Los avaros invadieron sus dominios de Europa; los persas sus dominios de Asia Menor y el Egipto, con tal empuje que muchas veces descubrió todo cuanto le restaba de Imperio desde las torres de su palacio imperial. Pero cambiada mas tarde la fortuna, rechazó á los bárbaros de Constantinopla, venció á los persas en repetidos encuentros, y puso las banderas bizantinas allende la línea del Tigris. Pero su mala estrella quiso que se mezclase en las cuestiones teológicas, y que quisiese decidir con resolucion sobre la naturaleza de los dogmas y las doctrinas de las herejías.

Volvia Heraclio vencedor de su expedicion contra los persas en el año vigésimoctavo de su reinado. Podia el mundo, fatigadísimo de luchas, creerse en paz, de no haber venido á perturbarlo nuevamente una inesperada herejía. Al llegar á Hyerapolis el Emperador, acercósele el sirio Atanasio, jefe de uno de los innumerables partidos religiosos existentes en Siria, y cuyo partido se denominaba jacobita ó católico. Es de notar que la herejía nestoriana, dulcificada por Eutiques, dominaba entre los sirios, cuyo entendimiento creia do-

minar Heraclio tan fácilmente como venciera á los persas. Así, encontrándose frente á frente de Atanasio, nestoriano moderado, movióle, mas con súplicas que con órdenes, á reconocer y proclamar la ortodoxia del concilio de Calcedonia. No vaciló en ello el astuto sirio, antes por el contrario, mostrándose mas resuelto que su imperial predicador, dijo reconocer de plano dos naturalezas en Cristo, no sin preguntar lo siguiente, que si Cristo, teniendo dos naturalezas, tenia tambien dos voluntades. No aguardaba en verdad esta salida el Emperador Heraclio, ignorando sin duda cómo unos problemas dependen de otros problemas y unas ideas de otras ideas y unas cuestiones teológicas de otras cuestiones teológicas. Lo cierto es que, al llegar aquí, el Emperador Heraclio, embargado por aquella súbita é inesperada observacion, suspendió toda controversia, y se apartó profundamente absorto del lado de su sofístico y profundo contradictor. Cada uno de estos Emperadores de Oriente aspiraba á ser en los campos de batalla un César, en las controversias de concilio un Constantino. Heraclio recogió la observacion con cuidado y empezó á consultarla inmediatamente con todos los primeros controversistas de su vasto Imperio.

Los mas diligentes en contestar á la consulta del Emperador, fueron Sergio de Constantinopla y Ciro de Phasis, los cuales declararon que una sola voluntad, como una sola accion, debia bastar á la persona de Cristo. La doctrina de una voluntad sola en el Salvador de los hombres equivalia en el fondo á la doctrina de una sola naturaleza. Si Cristo tenia voluntad única, no se explican sus angustias en el monte de las Olivas, sus desmayos en la hora de apurar el cáliz de la pasion, sus invocaciones al Eterno Padre en la angustia suprema de su agonía para que lo acorriera y lo confortara. Si la voluntad de Cristo es una, tambien es su inteligencia; y si su voluntad y su inteligencia son una, tambien una debe ser su fundamental naturaleza. A tal herejía se le ha dado el nombre de monotelita. Y en efecto, equivale completamente á la doctrina de Nestorio, y á la doctrina de Arrio, de las cuales una quitaba la humanidad y otra quitaba la divinidad á Cristo; porque, si el Salvador tiene una sola serie de facultades en su persona, deben ser estas ó divinas ó humanas por separado, pero no divinas y humanas á un mismo tiempo. Por consiguiente el dogma de la voluntad única de Cristo, ó bien

absorbe la humanidad en la divinidad ó bien absorbe la divinidad en la humanidad del Salvador. Así lo comprendió Roma, que consultada por el Emperador Heraclio, como todas las principales sedes de la cristiandad, sostuvo el dogma de la doble voluntad de Cristo, conforme con el dogma de su doble naturaleza, por el cual habia hecho la Iglesia católica en los tiempos anteriores tantos y tan extraordinarios sacrificios.

Tras un disentiimiento así sobrevenian por su propia virtud los concilios ecuménicos. El método para reunirlos consistia en tener primero sínodos parciales, y luego sínodos generales, que acababan por convertirse en Asambleas de toda la Iglesia. Alejandría, Jerusalem y otras ciudades importantes tuvieron esta clase de reuniones, y lograron condenar la doctrina monotelita. En tal estado, el patriarca de Constantinopla, Sergio, se dirigió al Papa de Roma, Honorio; y ambos procuraron lo que no podia alcanzarse á la altura á donde acababan de llegar las controversias, una conciliacion. Esta tolerancia de Honorio le atrajo los anatemas de los concilios convocados para conocer en la herejía monotelita. Su nombre fué anatematizado expresamente con los mantenedores de la voluntad única de Cristo en los concilios sexto y séptimo. Tarde advirtió Heraclio todo el daño producido por la sugestion de aquella doctrina entonces reciente á la Iglesia católica. En su apuro acertó con un remedio peor mil veces que la enfermedad; prohibió hablar de la naturaleza una ó doble de Cristo y de su voluntad ó voluntades. Tal determinacion, por lo inútil, casi ridícula, valióle el que los ortodoxos de Calcedonia le creyeran nestoriano y los nestorianos á su vez le llamaran casi ortodoxo. Lo cierto es que el dogma de la voluntad única en Cristo ganó á todo el Oriente, á su Iglesia, mucho mas metafísica que nuestra Iglesia de Occidente. Allá, por el año 640, el patriarca de Constantinopla, movido á impulsos del Emperador Heraclio, envió á Italia la exposicion de la doctrina monotelita, rogando al Papa expresamente que la estudiara, y despues de haberla estudiado, la impusiera por medio de su autoridad á todos los obispos de Occidente. El Papa, llamado Sergio, que ocupaba la Sede por muerte de Honorio, negóse á tal complacencia, y reunió un concilio encargado de condenar la herejía nueva. Murió Heraclio en estas circunstancias, y heredó su trono Constantino Heraclio II. Pero la madrastra de este, viuda de aquel, deseosa de allegar la corona para